

DE SANCTI AUGUSTINI NOTIONE CREATIONIS

María Rosa de Bonilla

El tema del origen del mundo fue uno de los preferidos de la literatura antigua. Lo encontramos ya en el "Poema de la Creación" o "Enuma Elish" de los mesopotámicos del siglo XVIII a.C., en el cual el agua es el origen de todas las cosas. Lo encontramos en el siglo VII a.C. en el nacimiento de la filosofía, como preocupación fundamental de la reflexión jónica que se esfuerza por encontrar el "arjé", esa sustancia primera o principio del cual surgen todas las cosas. Lo encontramos también en el siglo VI a.C. en la "Teogonía" de Hesíodo y en el siglo IV a.C. en el demiurgo platónico, aunque este artífice del mundo ha originado tantas y tan distintas interpretaciones que no es posible definir con exactitud el concepto de creación del filósofo helénico, como ocurre también con las frases del Génesis: "In principio creavit Deus coelum et terram".

Pero tanto los poetas como los filósofos de la Antigüedad, con excepción de los hebreos, hablaron, no de una creación, sino de una ordenación del mundo a partir de una realidad preexistente. A los griegos, los que más se acercaron con carácter filosófico al tema, el racionalismo o intelectualismo los llevaba a suponer imposible que algo pudiera proceder de la nada y buscaban siempre la causalidad ejemplar y genética en un *primum mobile*.

Debemos llegar al siglo IV d.C. para encontrar la noción de San Agustín: "A Deo mundus factus est ex nihilo" y "si de aliqua informi materia factus est mundus, haec ipsa facta est omnino de nihilo" (1).

La noción de creación de San Agustín es importantísima en el pensamiento filosófico occidental y tiene vigencia hasta hoy.

Es cierto que el judaísmo y los primeros filósofos cristianos insistieron en la trascendencia de Dios y que empezó entonces a perfilarse racionalmente la noción de creación, pero fue San Agustín quien formuló tal noción en lenguaje filosófico y quien la basó en una causalidad eficiente de naturaleza absoluta y divina.

Ahora bien, ¿qué nos dice la ciencia en el siglo XX? Por un lado, que la vida surgió cuando en el caos de una materia informe una nucleoproteína supo atraer hacia sí e incorporarlos en ella, los elementos que necesitaba. Y por otro lado, que los virus —para unos simple sustancia química y para otros, organismos cuyas facultades vitales están latentes— en presencia de un medio adecuado, son capaces de desarrollar propiedades vitales. Los científicos "creen" en estas afirmaciones y parten de ellas para ulteriores razonamientos y conclusiones, pero nunca han podido probar en el laboratorio la verdad de sus hipótesis y tal como lo ha visto Bergson, se mantiene el abismo entre la materia inorgánica y orgánica. Tampoco hemos podido probar la afirmación de San Agustín, "creemos" en ella y mientras no se pruebe su falsedad nuestras deducciones desde la noción agustiniana serán legítimas.

(1) "De Vera Religione". Cap. XVIII, No. 35-36.

En su beligerancia con los maniqueos, este concepto de creación sirvió a San Agustín para probar la omnipotencia de Dios, —en los casos citados de ordenación del mundo, debemos suponer, o bien que la materia preexistente había sido creada de la nada por otro ser tan poderoso como Dios o por Dios mismo, o bien que era infinita— y la contingencia de las criaturas, y para tratar la religión como un medio de preparación del espíritu para entrar en comunicación con Dios. Nosotros no abordaremos estos temas sino que espigaremos en el complicadísimo y profundo tema de la naturaleza de las criaturas, partiendo de la concepción del Santo de Tagaste.

*
* *

A la luz de esta concepción Dios se nos presenta como el Creador en sumo grado. Ahora bien, es innegable que toda obra se parece a su creador. Es innegable también que algo del espíritu creador se transparenta en su obra y que este algo nos permite, aun con diferencia de siglos, reconocer la mano del artífice. Tratándose del Creador por excelencia, hemos de suponer que sus obras, surgidas de una fuerza interna desbordante que lo llevó a crear, han de estar preñadas de sus mismos atributos.

Esta fuerza está en la naturaleza de todas las criaturas y es el aliento vital del mundo. Cerremos nuestros sentidos y percibámosla solamente con nuestro intelecto: oiremos cómo palpita rítmica y armoniosamente animando al mundo; es la fuerza que lo mantiene, aquello por lo cual el mundo sigue siendo.

Todas las criaturas sin excepción, de la ameba al hombre, exhiben este afán de crear. Aquellas cuya única dimensión es la física, lo realizan en la perpetuación de su especie; el hombre, en su doble dimensión, física y espiritual.

El arte es la más elevada realización de este afán constitutivo de la naturaleza del hombre, y al decir hombre lo entiendo como fusión indisoluble de materia y espíritu.

Hablamos del arte como creación, entendiendo que no es creación absoluta sino casi creación, puesto que parte de una materia preexistente que, bueno es advertirlo, le impone sus límites. Pero hay una manifestación del arte en que el espíritu creador rompe los límites de esta materia y desbordándose por la metáfora llega a lo sublime, por medio de las palabras. Cuando la poesía llega a lo inefable, comienza la música.

Y música es ese impulso vital que anima al mundo. ¿No oyó Pitágoras la música de las esferas? ¿Y no oímos nosotros en el fondo de nuestro mundo interior, un eco de esa música divina que nos hermana con la naturaleza toda?

Volviendo a la poesía: el poeta puede romper los límites que le impone la materia porque ésta —las palabras—, es también creación espiritual del hombre, susceptible de re-creación y de hecho re-creada constantemente.

El arte nació de este afán de crear, tan fuerte en la criatura humana, que aún en medio del fragor de la lucha por la existencia, entre fieras, con frío y hambre, impulsó al hombre a decorar el hacha que le serviría para procurarse un poco de alimento.

El arte es, pues, materia y espíritu del creador, es materia espiritualizada. El hombre procede de la nada, como el resto de las criaturas su sustancia fue creada por Dios de la nada, de ahí que su contingencia sea una continua tensión entre el ser y el no ser, entre el ser y la nada. Vale decir, no hay en ellas mismas algo que garantice su ser. Pero el hombre es una nada espiritualizada por Dios, es una nada

en la cual hay un Dios subjetivo y para la cual hay un Dios objetivo al cual quiere religarse.

Este Dios subjetivo-objetivo, "más íntimo que nosotros mismos", es el fundamento de nuestro ser, puesto que afirmarnos en él es afirmar nuestro ser y sin él, sería incomprensible nuestro ser. Este Dios es además luz interior a la cual debemos llegar por la reflexión.

El hombre es el más perfecto de los seres porque es de las obras del Creador, aquella en que más quedó de su Hacedor, ya que sólo en él existe la razón y un alma inmortal. Aunque en algún hombre parezca mínima esta parte, se debe quizá a que no se han sabido descubrir y desarrollar los gérmenes heredados, no en la dimensión física sino en la espiritual, de su verdadero y único Padre.

Las creaciones del espíritu humano las conocemos con la mente y las entendemos con esa luz interior, la misma que movió a sus artífices. Y es a esta luz interior a la que nos referimos al principio, cuando dijimos que acalláramos nuestros sentidos para poder percibir la fuerza creadora que anima y mantiene al mundo.

Esta luz interior que no es otra cosa que el Verbo Creador subjetivo en cada uno de nosotros, nos permite en unión con la mente, tener una vivencia de su semejanza en las otras criaturas y nos permite además, el goce de toda obra de creación del espíritu humano.

No hemos querido referirnos al papel que la voluntad del hombre juega en sus creaciones espirituales, porque se complicaría este trabajo que no pretende ser más que un esbozo del torrente de inquietudes metafísicas que nos dejó la lectura de San Agustín, quien supo transformar con reflexión profunda la frase "ex nihilo nihil sequitur" en la profunda reflexión "ex nihilo fit ens qua ens".

Así como la religión es un medio para entrar en comunicación con Dios, el arte es un medio de comunicación con los otros espíritus que, como el nuestro, están vivificados por el Espíritu Creador que llevamos dentro y nos religa con el resto de las criaturas en hermandad metafísica y, en último término, también con Dios.

Cuando nos referimos al arte en este sentido, no lo hacemos pensando en el conocer ni en el vehículo del conocimiento; por esto entendemos que el arte puede llegar hasta lo hondo de espíritus en quienes el acervo cultural es mínimo, pero sabemos que en ellos como en nosotros palpita el mismo Espíritu Creador.

Y en esta religación de las criaturas humanas por el arte, se vencen las barreras del tiempo y del espacio, los abismos insalvables de organización social y de raza, de edad y de muchas otras cosas más, porque los hombres están identificados en lo espiritual que no está sometido a lo temporal y espacial, que es universal en todas las criaturas humanas, natural en ellas y cuyo fundamento es Dios.